

De este cuento? ¡oh buen lector!
 Los abrazos que Tenorio
 Al de Alejandría dió;
 Del comerciante de Oriente
 La magnífica oracion;
 El asombro del incógnito
 Que á don Tello Arias mató;
 De Zulima, hoy Eliodora,
 El consiguiente rubor
 Al encontrar otra vez
 Al dueño que abandonó,
 Y las dos mil zarandajas
 Con que imberbe historiador
 Emborronara papel
 Y cansara tu ateneion,
 No son medios que acomodan
 A mi actual pésimo humor.
 Para dar á mi leyenda
 Competente conclusion,
 Basta que sepas que á ruegos
 De Tenorio, se indultó
 Del difunto Tello Arias
 Al bizarro matador:
 El cual á don Luis Tenorio
 Con fina amistad pagó
 La vida que le debía,
 Rendido á tan gran favor.
 Que el árabe, convencido
 De que la fé en que vivió
 La borrasca no calmaba
 De su triste corazon,
 A las aguas del bautismo
 Su calva frente dobló,
 Al sacro puerto acogiéndose
 De la santa religion.
 Confesó que era Mahoma
 Un impúdico impostor,
 Y en lugar de las Houries,
 Los ángeles adoró.
 Don Luis le dió por esposa
 A su hermana doña Sol,

Con la mitad de su hacienda
 Y el tesoro de su honor.
 Vivió feliz cuantos años
 La existencia le duró:
 Y aquí concluye mi historia,
 ¡Oh carísimo lector!
 Solo me resta decirte
 Que presto se acomodó
 A las costumbres de Europa,
 Y convino en que es mejor
 Que tener cincuenta esclavas
 Que maldicen su opresion,
 Tener una mujer sola
 Con cariño y con honor.
 Y es mas cómoda una cama
 Que el mas mullido almohadon,
 Donde se quedan las piernas
 En el suelo y sin calor.
 Y es mejor dormir en ella
 Del vino la escaltacion,
 En deliciosos ensueños
 De pasajero vapor,
 Que comer maiz en tortas,
 Y el acuzuz y el arroz,
 Y emborracharse con opio
 Trepano luego á un balcon,
 Para escitar en la mente
 Delirio fascinador.
 Y torna á los hombres locos,
 O necios, que es lo peor.

Con eso, lector, si hasta ahora
 Gratos mis cuentos te son,
 Dios me lo premie en el cielo,
 Demándemelo si no.
 Conque si te placen, cómpralos,
 Y con la ayuda de Dios,
 Haremos cuanto pudiéremos
 Entre el Editor y yo.

LA AZUCENA SILVESTRE.

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX.

AL SEÑOR

DON ANGEL SAAVEDRA,
 DUQUE DE RIVAS,

SU MEJOR AMIGO

JOSE ZORRILLA.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

EN QUE COMIENZA LA NARRACION DE LA PRESENTE HISTORIA.

Mas pura que la luz de blanca luna,
 Que en arroyuelo límpido riela;
 Mas hermosa que el cisne en su laguna
 Cuando en ella se baña, nada ó vuela;
 Y alegre mas que en soledad moruna,
 Suelta y errante y tímida gacela,
 En gracias y virtud feliz crecía
 La bellisima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abrilés,
 De noble estirpe y á reinar nacida,
 Ajena á devaneos mujeriles,
 Velaba por su bien, siempre servida:
 Flor era pronta á dar tallos gentiles,
 A los besos del céfiro mecida,
 Y á exhalar de su cáliz aun cerrado,
 Delicioso perfume embalsamado.

Caía en anchas ondas de su frente,
 Larga madeja de flotantes rizos;
 Y de inquieto mirar, mas inocente,

Dos ojos revolvia antojadizos:
 Y en su blanca mejilla trasparente,
 Centros ambos á dos de sus hechizos,
 Marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
 Luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
 Su padre el buen Wifredo, y la corona
 Ceñirla aguarda de la tierra estensa
 Del condado feraz de Barcelona.
 Solo en su bien y en su fortuna piensa,
 Y honrada, sin rival, feliz matrona,
 En tiempo incierto de la edad futura,
 Su ambicion paternal se la figura.

Unico amor del varonil guerrero,
 Unica prenda de su muerta esposa,
 Tiene Wifredo su cariño entero
 Puesto no mas en su María hermosa:
 Y único amor el noble caballero
 Del alma de la niña candorosa,
 En una el alma de los dos se encierra,
 Y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde, ennoblecida
 Con los laureles mil de mil campanas;
 Su ciudad populosa defendida
 Por su tendido mar y sus montañas,
 La mitad de los años de su vida,
 La memoria y la prez de sus hazañas,
 Todo lo diera el caballero noble
 Por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
 Riquísimo joyel de su cariño,
 Manantial de su interna bienandanza,
 Vuelve á su pecho el corazon de niño;
 Se le roba á la guerra y la venganza,
 Se le torna mas pura que el armiño,
 Se le lava de impulsos terrenales,
 Se le inunda en delicias celestiales.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA CAPILLA ALFONSO X

Por eso da su corazón sincero
Gracias humildes al Señor, y cuenta
Por eso día á día el caballero,
Y su esperanza en cada uno aumenta.
Y bendice al Señor, que lisonjero
A su vejez el tiempo representa,
De su edad concediéndole al otoño,
Tan hermoso y purísimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida
El padre tierno concebir no sabe,
A otro mortal alguno concedida
Mas sagrada misión, cargo mas grave.
Ella es para él, del cielo bendecida,
De su dichosa eternidad la llave,
Y del futuro en perspectiva bella,
Todo lo aguarda de su Dios y de ella.

¡Mas cuán falsas ¡ay Dios! y cuán livianas
Las cosas son de la mudable tierra!
¡Quién sonará las leyes soberanas
Que el misterioso porvenir encierra?
La aura que arrastra en pos las hojas vanas,
La torre abate que al peñón se aferra,
Y las menudas ondas de los mares
Socavan las montañas seculares.

En una tarde del quemado estío,
Que entolda nube negra y tenebrosa,
De su palacio en el jardín umbrío
La niña entre los céspedes reposa.
De casto sueño dulce desvarío
La divierte la mente candorosa,
Sonriendo al gozar su fantasía,
El purísimo lábio de María.

La casta mano de marfil, velada
Entre su espesa y negra cabellera,
Bajo la sien tranquila colocada,
Y bajo seda fácil y ligera;
Su modesta figura contornada,
El pie breve no mas dejando fuera,
Parece sobre el césped su figura,
Ejemplar de bellísima escultura.

¡Y cuán bella y feliz es una niña,
Que con sus dichas infantiles sueña,
Y sus caprichos inocente apaña,
De universo ideal soñando dueña!
Con infantiles galas se le alina,
Y en poblarle con fábulas se empena,
Y le goza de fábulas henchido,
Hijas de un corazón no corrompido.

Tal le gozaba, y tan feliz se via
De su sueño infantil con las visiones,
De su palacio en el jardín María:
Mientras sobre ella en densos nubarrones
El nublado apiñándose crecía
Y amagaba al rasgar sus pabellones,
Sobre la tierra desplomar airado
Todos los males de que va preñado.

Ya se sentia por su vientre oscuro
Ronco el trueno rodar: ya se aspiraba
El aura ingrata del vapor impuro,
Que en su cargado seno fermentaba:
Y cual dragon enorme, que seguro
Ala invisible en el ambiente traba,
Avanzaba el nublado á paso lento,
Cerrando en sombra la región del viento.

Viéndolo el buen Wifredo, iba afanoso
Por el jardín buscando su hija amada;
Mas de no amedrentarla cuidadoso,
Moviendo en su redor planta callada.
Ya su ojo paternal en el frondoso
Césped la ve durmiendo desecuada,
Y ya en su labio paternal bullía
El dulcísimo nombre de María;

Cuando hondo, ronco y repentino trueno
El nublado rasgar erujó estallante:
Se alzó la niña, el corazón ageno
De aquel peligro de que está delante,
Mas al abrir los ojos, fué de lleno
A herírseles relámpago brillante,
Y exhalando agudísimo lamento,
Volvió en tierra á caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos,
Y alzóla en ellos el varon robusto,
De pena el corazón roto en pedazos,
Trémulo el cuerpo al repentino susto;
Mas ni al calor de tan amigos lazos,
Ni á su voz que le turba pavor justo,
Vuelve la pobre niña dolorida,
Señal á dar de movimiento y vida.

Por medio del horrisono aguacero
Que se desgaja ya, corre exhalado
Con su hija, para él peso ligero:
Y con nerviosa fuerza á ella abrazado,
Pasa el jardín, el pórtico, el crucero,
Revuelve el caracol mal alumbrado,
Y en su cámara y lecho al cabo posa
Carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus briosas voces acudieron
Cuantos siervos tenia en su palacio,
Cuántas damas en él su voz oyeron,
Cuántos curiosos admitió su espacio:
Y empíricos y sábios acudieron,
En tomar cuyo auxilio no reacio,
Logró Wifredo, en lágrimas deshecho,
Volver la vida á su virgineo pecho.

“¡Ay!” dijo la doncella; y exhalando
Débil suspiro, perceptible apenas,
Abrió sus ojos, en redor girando
Miradas ¡ay! al parecer serenas.
Mas ambas manos con afán llevando
A las pupilas, de su llanto llenas,
Volviólas á apartar la desdichada,
Gritando con pavor: “¡No veo nada!”

“¡Hija! (esclamó poniéndose delante
De sus ojos Wifredo) ¡hija del alma!
Mira, mira, ¡yo soy! torna el semblante,
Mírame aquí...” mas con siniestra calma,
La doncella hácia él tendió anhelante,
La vista no, la descarriada palma,
Y al asirle, burlando su deseo,
Repitió tristemente: “nada veo.”

Volvió iracundo la ensañada mano
El trémulo baron contra sí mismo,
Los cabellos mesándose inhumano,
Y como sér en quien sopló el abismo
Espíritu infernal, matando insano
La luz de la razón y el cristianismo,
Al cielo alzó los inflamados ojos,
Torpe ó blasfemo murmurando enojos.

Mas pronto á su razón, mas sosegado,
El misero volvió, y al mismo cielo
Tornó á elevar los ojos humillado,
Ambas rodillas oprimiendo el suelo,
Breve oracion al corazón cuitado
Prestó resignacion, si no consuelo,
Y con doliente voz que al alma llega,
Dijo á los que le oían: “Está ciega.”

¡Ay Dios! era muy cierto:
La lumbré centellante
Del fúlgido relámpago,
Que al despertar la hirió,
De sus hermosos ojos
Mató la luz radiante,
Y un velo de tinieblas
Ante ellos estendió.

Los sábios mas famosos
En vano convocaron:
Los siervos de Mahoma,
Los hijos de la Cruz,
Los sábios de Judea;
Al fin desesperaron
De dar á sus pupilas
La apetecida luz.

Hermosa como siempre
La cándida María,
Fingiéndose esperanzas
De curacion feliz,
Al angustiado conde
Prestárselas queria,
Y le lograba solo
Hacer mas infeliz.

Atento y carinoso,
Con paternal anhelo
El brazo la ofrecía,
Y la guiaba el pie,
Sirviéndola de día,
Y al piadoso cielo
Orando por la noche
Con encendida fé.

“¡Qué día tan hermoso
Debe hacer hoy!” decia
La niña, el sol sintiendo
Sobre su blanca faz:
Y oyéndola Wifredo,
Del párpado sentia
Una abrasada lágrima
Huírsele fugaz.

Y su silencio acaso
María comprendiendo,
Las manos alargaba
Sus ojos á tocar,
Y en ellas, de su padre
Las lágrimas sintiendo,
Decia: “¡Y por qué lloras?”
Y echábase á llorar.

Erraban á las veces
En dulce compañía,
Por una y otra senda
De su feraz jardín,
Y el amoroso padre
Coronas la tejía
De frescas siemprevivas
Y pálido jazmin.

Gozaba sus aromas
La niña, é inocente,
Cediendo á los impulsos
De instinto femeníl,
Ornaba con las flores
Su candorosa frente,
Mostrándose con ellas
Mas linda y mas gentil.

Y en las tranquilas noches
Del abrasado estío,
A otro viajero acaso
Volvia á escuchar,
Ya bajo el verde toldo
Del emparrado umbrío,
Ya sobre el alto muro
Que lame inquieto el mar.

¡Oh cuán sencillos tiempos!
¡Cuán grata es su memoria!
¡Cuán dulce y cuán sabroso,
Oír en nuestra edad
Las mágicas leyendas
De su olvidada historia,
Sus crónicas sacando
De añeja oscuridad!

Edad por dos pasiones
Regida y dominada,
Guiada por dos astros:
La gloria y el amor.
La España por aquella
De moros rescatada,
Por este la hermosura,
Corona del valor.

La edad de los prodigios,
La edad de las hazañas
Sin duda fué: nosotros,
De corazón sin fé,
Sus crónicas leemos
Llamándolas patrañas,
Y en ellas es do el dedo
Del Criador se ve.

Entonces juntamente
Sin crimen invocaba
Su Dios y sus pasiones
El rudo corazón;
Y el cielo justo, á oírle
Tal vez no se negaba,
Porque mezclara rudo
La fé con la pasión.

Entonces era el justo
Columna de justicia:
Valiente y obstinado,
Mas franco el criminal:
Y ageno aun en su crimen,
De hipócrita malicia,
Obraba malamente,
Mas confesaba el mal.

Entonces se creía:
La religión severa,
Objeto de sarcasmo
Jamás al necio fué,
Ni la mentida ciencia
Se la atrevió altanera
De sus razones santas
A demandar: ¿por qué?

Pastor el sacerdote,
De su rebaño en vela,
Guiaba é instruía
La ciega multitud,
Y aquella le escuchaba,
Siguiendo sin cautela
La senda señalada
Por senda de virtud.

Porque de Dios la recta
Virtud apetecida,
No está en el raciocinio,
Que está en el corazón;
Y al que en el suyo guarda
Su fé bien defendida,
Le sobran los sentidos,
Le sobra la razón.

Por eso en la alta noche,
Cuando en silencio y calma,
Del buen Wifredo, todo
Yacía en derredor;
Enviaba al firmamento
Las cuítas de su alma,
En oración humilde,
Con sincero fervor.

Y oraba por su hija,
Mientras cercana ella,
En cámara vecina
Oraba al par por él,
Y entrambas las plegarias
Del noble y la doncella,
Subían á las plantas
Del santo de Israel.

Como al pié del altar, del vaso de oro,
De perfume oriental se exhala y sube
Pura, ligera, y trasparente nube
Que embalsama la régia catedral,
Así á los cielos la oración del justo
Sobre sus alas místicas se eleva,
Y el soplo de los ángeles la lleva
De Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina Madre del Dios Hombre,
Al acoger benigna la plegaria
De la inocente vírgen solitaria,
Que invocaba su amparo en la aflicción,
Al ángel vaporoso de los sueños
La enviaba, y en sus alas vagarosas,
Bello tropel de imágenes dichosas
Descendía á su casto corazón.

CAPITULO II.

DE LAS RAZONES QUE TUVIERON EL CONDE Y SU HIJA
PARA EMPRENDER UNA PEREGRINACION
A MONSERRATE, Y LO QUE ALLÍ
PASÓ.

Y yendo días y viniendo días,
Tras dos años de angustias y de afán,
Y de buscar inútiles remedios
Que no pudieron remediar su mal,
En una noche del templado Mayo,
Por la ribera del tranquilo mar,
A la pálida luz de la alta luna,
El conde y su hija silenciosos van.
Las ondas transparentes, murmurando,
Se vienen á sus plantas á estrellar,
Rodando lentamente unas sobre otras
Con eterna y monótona igualdad.
A lo lejos tal vez se divisaba
La blanca lona del bajel pasar,
Y la canción del pescador se oía,
Llevada por la brisa desigual.
A veces se elevaba en la llanura
El ronco y melancólico graznar
De las marinas aves, que en la playa
Buscan mansion, sustento y libertad.
¡Noche serena, deleitosa noche,
A quien la puede sin dolor gozar;
Melancólica noche para el triste

En cuyo pecho la aflicción está!
Tristes ideas en su mente escita
El nocturno silencio y soledad,
Y aun el consuelo que le inspira, junto
De los recuerdos con la hiel le da.
Y así, una noche del templado Mayo,
Por la ribera del tranquilo mar,
A la pálida luz de la alta luna,
Wifredo y su hija silenciosos van.
Y acaso desde lejos percibiendo
La forma de la vírgen blanquear,
Y las armas lucir del caballero,
Que la presta su apoyo paternal,
Creyeran que el espíritu doliente
De náufrago infeliz que espele el mar,
En el brazo del ángel de las aguas
Encontraba el amparo celestial.
Y acaso al ver en la nocturna niebla
Rodeando la lóbrega ciudad,
Creyeran que velandola vagaba
El espíritu de ella tutelar.

Y así sumidos en memorias tristes
La hermosa ciega y el baron feudal,
Iban vagando con pisada incierta
Por la ribera del tendido mar;
Cuando á la tibia luz creyó el guerrero
Negra figura distinguir quizá,
Que á lento paso hacía los dos viniéndose,
Con cada paso se aclaraba mas.
Rápido impulso de temor muy vago
Sintió en su pecho varonil brotar,
E incomprensible repugnancia interna
Al sér que llega junto de ellos ya.
Era un anciano, cuya blanca barba,
Cuyo cuerpo inelinado por la edad,
Movía á reverencia mas que á miedo,
Ministro acaso del divino altar.
Báculo toco á caminar le ayuda,
Cifne sus miembros áspero sayal,
Y al suelo vueltos los humildes ojos,
Severa muestra y penitente faz.
"Padre ¿quién llega?" preguntó María,
Sintiendo de aquel sér la vecindad,
Cual si pavor le diera el que llegaba,
No mas que por instinto natural.
Es un anciano, contestó Wifredo.
—No sé por qué, desconocido afán
Al sentirle probé, padre.

—Hija mia,
Cálmate y calla, porque ante él estás."

"Dios vele sobre tí, noble Wifredo,"
Dijo llegando con humilde voz
El viejo anacoreta. "El os ampare,"
El conde cortesmente replicó.
Y trabando de aquí plática entrambos,
Siguiéron luego y á su vez los dos:
Y de este modo con sonrisa dulce
El anciano extranjero la empezó:
"¿Cómo tan tarde en tan desierto sitio?"

WIFREDO.
El aura por gozar de la estación.

EL ANCIANO.
El aura de la mar es insalubre
Para su mal.

WIFREDO.
¿Sabéisle?

EL ANCIANO.
¿Y cómo no?
La fama de esa inmensa desventura,
La España entera recorrió veloz.

WIFREDO.
¡Ay de mí! y cuán en balde en toda ella!
Remedio nadie á mi pesar halló.

EL ANCIANO.
Las yerbas de la tierra y sus virtudes,
Secas, Wifredo, é impotentes son,
Cuando en el mismo mal, compadecido
Su dedo paternal no pone Dios.

WIFREDO.
Noches y días con fervor le ruego.

EL ANCIANO.
Busca quien goce su feliz favor:

WIFREDO.
Vos, anciano, tal vez...

EL ANCIANO.
Tente, insensato:
Para tanto intentar, ¿qué puedo yo,
Pecador miserable? Hay en la tierra
Otros mas justos, que lo harán mejor.

WIFREDO.
¡Ah, por Dios, explicaos!

EL ANCIANO.
Los peñascos
De Monserrate, en su áspero fragor
La luz esconden que sus rayos toma
En las pupilas del potente Dios.

WIFREDO.
¿En Monserrate?

EL ANCIANO.
Sí, Dios manifiesta
El poder de una santa intercesión
Con divinos portentos cada día.
Lleva, pues, á la hija de tu amor,
Si la quieres sanar, á Monserrate:
Y en la grieta mas honda de un peñón,
Que en las nubes esconde su alta cresta,
El justo habita, y con el justo Dios.

Y así diciendo el misterioso anciano,
Sus pasos adelante enderezó,
De la esperanza el bálsamo vertiendo
De María en el limpio corazón.
"¿Do vais? dijo atajándole Wifredo,
En mi palacio reposad, señor,

Y admitid á lo menos hospedaje
Por esta noche.

—Es lejos donde voy.

Las horas de la noche son muy breves,
Y todas me hacen falta," replicó
Siguiendo su camino el extranjero,
Todavía insistiendo el buen baron.
"Mis gentes, mis caballos, todo es vuestro,"
Le dijo: y el anciano en ronca voz:

"Basta, repuso, límites no tiene,
Wifredo para mí la creación.
Y la raza del hombre toda entera
No podrá nunca lo que puedo yo."
Y así diciendo, como arista leve
Que arrebató del suelo el aquilon,
Una sonora ráfaga pasando,
Al monje entre sus ondas arrastró.

Tembló María al percibir su rostro,
Arrodillóse atónico el baron,
Y de ir á Monserrate voto hicieron
A vista del prodigio ambos á dos.

Cual marinero errante que perdido
Su soberbio bajel, contra las olas
Lucha á los restos del bajel asido,
Cercana viendo la ribera ya:
Cual golondrina errante que los mares
Cruza estraviada, y la cansada pluma
Agita conociendo los lugares
Donde á anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío
Sedienta vaga por el bosque espeso,
Y el agua oyendo del cercano río,
Hacia él se lanza cuando el agua ve:
Así impaciente la infeliz María,
En alas del deseo y la esperanza,
Llegar á Monserrate apetecía
Con inspirada y religiosa fé.

Wifredo al par con la esperanza misma
El sol de la partida apresuraba,
Y con la misma fé ver esperaba
La omnipotencia santa del Señor.
Inmensa suma de regalos y oro,
Y comitiva inmensa prevenia,
Y un santuario fundar se proponia,
Y hacer del penitente un fundador.

"En medio de las peñas solitarias,
"Monasterio suntuoso se levante:
"Memoria eterna que el prodigio canté,
"Señal eterna del favor de Dios.
"Bajo sus anchas bóvedas, eternos
"Himnos de gracias al Señor resuenen,
"Y sus campanas el desierto atruenen,
"El alma al cielo remontado en pos."

Así exclamaba el piadoso conde,
De su fé en el fervor,

Con tamaños intentos emprendiendo
Su peregrinacion.

Del fresco Mayo en la postrer mañana
Al despuntar el sol,
Con su hija y comitiva numerosa,
De la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba
Su inmensa poblacion,
Todos rogando por la hermosa niña
A la piedad de Dios.

Y así de Monserrate enderezaron
Al áspero fragor,
Y en la distancia del camino largo
La comitiva santa se sumió.

Aun se alcanzaba de las altas torres
Como leve vapor,
El polvo espeso que sus pies alzaban,
Pero tambien al fin se disipó.

A Monserrate van. Pero quién sabe
Lo que les guarda en su honda soledad
El que posee del corazon la llave,
El que puede medir la eternidad?
Sí, Dios es Dios: y Dios tan solo puede
Romper el velo á la futura edad;
Solo á sus ojos el destino cede:
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

Entre los rudos peñascos
Que por la estension desierta
De Monserrate, en las nubes
Esconden sus altas crestas,
Entre los cóncavos huecos
De sus oscuras cavernas,
Guardada oculta y salvaje
De reptiles y de fieras:

En medio de aquellos valles
Dó en lagos el sol fermenta
Los vapores que son nubes
Empezando en leve niebla:
Allí donde humanas voces
A los ecos no despiertan,
Ni el humo de los hogares
En espirales se eleva,
De un gigantesco peñasco
En la socavada grieta
Pasa sus dias un hombre
En áspera penitencia.
Rústico sayo le viste,
E insípidas le alimentan
Agua de un arroyo manso,
Raíces de cruda yerba:
Y á su escondida morada
Diez años ha que no llegan
Mas que las águilas que hacen
Su nido en aquellas peñas.
Una de techo le sirve,

Y audaz la naturaleza,
Por un capricho inclinándola,
La colocó de manera
Que el corazon mas valiente
Temblara entrar bajo de ella,
Por miedo de que al hundirse,
Su sepultura no fuera.
Tosca cabaña de troncos,
Espinos y ramas secas,
Construyó allí el eremita,
Por su morada eligiéndola:
Y allí los dias y noches
En soledad y abstinencia
Pasando, el cielo conquista,
Y en paz á la muerte espera.
Y ni el alma de aquel justo,
Rumor mundano atormenta
Con sus pasiones mezquinas
De vanidad y de tierra,
Ni en sus santas devociones
Sumida, jamas recuerda
Los humanos devaneos,
Ni las delicias terrenas.
En todo cuanto sus ojos
En torno suyo contemplan,
A Dios solamente mira,
A Dios nada mas encuentra.
Las florecillas silvestres
Que escansas tal vez vejetan,
Los arbustillos que echalan
Campesino olor, la tierra
Que da al gusano guarida,
Y sustento á aves y á fieras,
Los mil vistosos insectos
Que por la atmosfera vuelan
Al sol tendiendo sus alas
Que sus rayos transparentan;
Todo, todo de su Dios
El poder le manifiesta,
Y él le conoce y le adora
En sus obras mas pequeñas.

Así pasa Juan Guarino
Su virtuosa existencia,
Siendo del cielo delicia,
Y haciendo al infierno guerra,
Y aunque en el uno fiado,
Tal vez al otro desprecia,
Satan, que es muy poderoso,
Fieros combates le presta.
Y aunque con astucia inútil
De continuo le guerra,
Y con oracion y lágrimas
Juan de continuo le ahuyenta,
Es mucho lo que le irrita
Su virtud y penitencia,
Para que Satan el campo
De la tentacion le ceda.
Angel que bebió algun dia
Del manantial de la ciencia
Con que el Hacedor Supremo
Cuanto es y será penetra,
Del corazon de los hombres

Conoce bien la flaqueza,
Y por su entrada mas débil
Sus tiros sagaz asesta.
Contrario irreconciliable
Del Dios, cuya omnipotencia
Conoce, hollado y vencido
Por su poderosa diestra,
Ya que contra el mismo Dios
Volverse otra vez no pueda,
En buscar imperfecciones
Sobre sus obras se empeña,
Y de sus manos el hombre
Siendo la obra mas perfecta,
De su despecho á la saña
Es la obra mas espuesta.
Y "Mio es el mundo!" esclama
Viendo la locura ciega
Con que al pecado los hombres
Desbocados se despeñan.
Mas cuando en medio su turba
Un justo á encontrar acierta,
Por derribar á aquel justo
Olvida su raza entera,
Y ¡ay si á impulso de su astucia
O de su malicia inmensa
Logra engañarle ó vencerle,
Que tras la culpa primera
Tal vez le arrastra al abismo,
Y á Dios insulta y blasfema!

Y así, de aquellos peñascos
Entre las cóncavas grietas,
Entre consuelos y lágrimas
Que Dios y Satan le aprestan,
Pasa el justo Juan Guarino
Su virtuosa existencia,
Siendo del cielo delicia
Y haciendo al infierno guerra.

De las agudas montañas
Tras de las enhiestas lomas,
Una alborada de Junio
Rayaba apenas la aurora
Ya el sol á traves brillaba
De nubes de azul y rosa
Con que al salir, los espacios
Del horizonte se alfombran;
Ya los purpúreos destellos
De su lumbrera creadora,
Reflejaban del rocío
En las cristalinas gotas,
Y en las aguas del arroyo,
Y en las relucientes rocas,
Cuya superficie pulen
Los vientos que las azotan;
Ya á su influencia se vían,
De las quebradas reconditas
Elevarse transparentes
Nieblecillas vaporosas,
Y al reflejo de la lumbrera
Que desde lo alto las dora.

Tomaban ricos cambiantes
Y tintas encantadoras:
Ya de sus lóbregas grutas
A las escondidas bocas,
Los reptiles asomaban
A ver su luz bienhechora,
Y abaje en el valle oscuro,
Las avecillas canoras
Himnos cantaban al alba,
Despertando bulliciosas;
Cuando saliendo Guarino
A la entrada de su choza,
Y de rodillas poniéndose,
Al Dios que amanece adora:
Mas con hartito asombro suyo,
Rompiendo la pura atmósfera,
A sus oídos llegaron
Voces de humanas personas.
Tendió la vista á la falda
De las empinadas rocas,
Y de gran tropel de gente
Las vió rodeadas todas.
Todos los ojos se tienen
Hacia él, todas las bocas
Le llaman, todas las manos
Suplicantes se le tornan.
Delante de aquella turba,
Por una senda tortuosa,
Conduciendo un cortesano
A una niña encantadora,
Subía á espacio acercándose
A su cabaña, medrosa.
El alma de Juan Guarino,
Juzgando farsa ilusoria
De tentación infernal
Cuanto ve sobre las rocas,
Siguió orando de rodillas,
Como quien sabe que logra
Vencer la oración, constante,
Las tentaciones diabólicas.
Y en el espacio los ojos,
Que le nublan ardorosas
Dos lágrimas penitentes,
En su devoción se arroba,
Sin que de la gente el ruido
Que ya de cerca le acusa,
Su pensamiento distraiga,
Turbe su oración devota.
Virtud que solo concede
De Dios la misericordia,
A quien en él cree de veras,
A quien de veras le invoca.
Ante esta virtud sublime,
Ante esta fé religiosa,
Postrados enmudecidas,
Mundanas pasiones locas.
¡Callad y desvanecedos,
Necias y mundanas glorias,
Que el nombre de inspiraciones
Os apropiáis mentirosas!
Inspiración del que canta
Torpes y profanas trovas:
Inspiración del que pinta

Desnudez escandalosa:
Inspiración del que á mármoles
Da provocativas formas,
¡A esta inspiración postrados,
Que es más santa que vosotras!
Dios es el genio: él inflama
Su inspiración vigorosa,
En las almas que con ella
A altas hazañas se arrojan.
Dios es el genio: y donde él
No enciende su luz radiosa,
Ni hay inspiración, ni hay genio,
No hay más que miseria y sombras.
Y esta inspiración divina,
Es la que Guarino goza
Cuando María y Wifredo
Ante él humildes se postran.
Y de este célico arrobamiento,
Es del que Guarino torna
Cuando estas palabras oye
Del conde de Barcelona:

“Hombre santo, en quien habita
El espíritu sublime
De Dios, cuyo aliento solo
Alimenta cuanto existe,
Mira á tus plantas, y delante
Dos seres á quien aflige
Pena por el cielo impuesta
En su juicio incomprensible.
Relámpago repentino
Cerró las puertas sutiles
Del ver á los claros ojos
De esta doncella; y humildes
A suplicarte venimos
Que otra vez los ilumines,
Y del Dios en quien creemos,
La grandeza patentices.”

JUAN GUARINO.

¡Apartaos, tentadores!
¡Vagos fantasmas, huidme!
Dios su poder no demuestra
Por instrumentos tan viles.
Dios es grande, sí, muy grande.
Mas prodigios tan insignes
No ha de fiar á mis manos,
Hechas de tierra y de crimen.
Dejadme, apartad.

WIFREDO.

En vano
Vuestra humildad se resiste;
La voz del cielo á estas penas,
Milagrosa nos dirige.

GUARINO.

“Señor, si me da el orgullo
Esta tentación horrible,
Si este poder me atribuye
Satanás por afligirme,
¡O dadme fuerza, Señor,
Y fé para resistirle.”

O mostrad vuestro poder,
Y que el soberbio se humille!

Así exclamó el penitente,
Y á la doncella la voz
Dirigiendo, dijo:—“Eleva,
“Mujer, en nombre de Dios,
“Al firmamento los ojos,
“Y alumbretelos el sol.”
Y obedeciendo María,
Miró á los cielos y vió.

Postróse el conde de hinojos
Adorando al Criador;
La comitiva, asombrada,
Por tierra se prosternó,
Y elevando Juan Guarino
Al cielo su corazón,
Las manos al sol tendidas,
Un punto en silencio oró.

Gozaba absorta María
De la luz del resplandor,
Por todas partes mirando
Con grata enagenación,
Y pasaban sus miradas
En escrutinio veloz,
De una pena en otra pena,
De una flor en otra flor,
Recordando con delicia
Las ideas que guardó,
De su ceguera en las sombras,
De la luz y del color.
Lanzó el infierno un gemido
De despecho y confusión,
Contra Guarino aprestando
Todo entero su furor:
Y el justo, que interiormente
El ataque presintió,
Preparóse á resistir
Su más fuerte tentación.
Y comenzando avisado
Por el contrario mayor,
Vuelto á Wifredo y su gente,
De esta forma les habló:

“Ya Dios de remediaros fué servido:
De vuestra alma adoradle en lo profundo,
Y apartaos de mí, que con el mundo
No puedo nada de comun tener.
Mis votos escuchados me prohiben,
Y está robando á Dios vuestra presencia,
El tiempo de oración y penitencia
De que mi salvación ha menester.”

Así habló el justo, y acogerse quiso
Al fondo de su gruta retirada,
Cuando María le atajó, postrada
Cayendo ante sus pies, hablando así:
“La luz de Dios, por mis cegados ojos,
“Entró á mi pecho, y á su luz divina
“La niebla del futuro se ilumina
“Y leo lo que guarda para mí.

“Las inmensas riquezas de mi padre,
“Me elevarán un santo monasterio
“En medio del silencio y el misterio
“De esta estensa y desierta soledad.
“Yo eternamente en su recinto sacro
“Alabaré de Dios la omnipotencia;
“Y en él ha de acabarse mi existencia,
“Y ha de empezarse en él mi eternidad.”

“De esta montaña, en cuya escelsa cumbre
“Volví á gozar la luz del mediodía,
“No bajaré ya más; la planta mía,
“Otra tierra á pisar no volverá.”
Tembló al oír el penitente austero
Tan gran resolución, al punto mismo
El lazo viendo que el contrario abismo
Tendiendo astuto á su virtud está.

Presentóse á su mente la grandeza
De su alta santidad; mundano orgullo
Brotando cual vapor en su cabeza,
Descendió á oscurecer su corazón,
Y un momento en la duda vacilando
De la afanosa ó interior pelea,
Calló, temiendo que vencida sea
La recta fé por mundanal razón.

A María con lágrimas Wifredo
Postróse á suplicar; pero fué en vano:
Ella le dijo: “No, padre, no puedo
“A la voz de los cielos resistir.”
Tornó el padre á insistir, y á negarse ella,
La religión y el mundo largo trecho
Combatiendo de entrambos en el pecho
Pero túvose el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos
De la desierta montaña,
Cabe la de Juan Guarino
Otra rústica barraca,
Y el conde y los suyos yéndose
A la ciudad más cercana,
En la soledad dejaron
A la doncella con lágrimas.
Wifredo desde aquel punto,
Las órdenes necesarias
Para alzar el monasterio
Espidió por la comarca.
Cundió por ella el prodigio,
Y á Barcelona llevándola
La fama, la celebraron
Con fiestas y luminarias.

CAPITULO III.

QUE TRATA DE UN MISTERIO QUE SE ACHARÁ MAS
ADELANTE Y EN OPORTUNO LUGAR.

I.

En tanto, allá en las alturas
De las peñas solitarias,